

CARLA CORDUA

LOS DIOS Y LOS HOMBRES
EN LA ILIADA

DECIMOS frecuentemente que los dioses griegos son antropomórficos y esto es verdad tanto a la luz de la literatura como de la plástica griegas. Muchas de sus actitudes, gran parte de su conducta y las formas de sus cuerpos, son poetizaciones o transfiguraciones de actitudes, conductas y formas humanas. ¿Repararon los griegos mismos, los griegos de la época homérica, en este rasgo de su religión? ¿Habrían dicho que sus dioses se parecían al hombre? Por cierto que no; ellos estaban dentro, envueltos y permeados por esta religión y no la calificaban ni la clasificaban así. Somos nosotros, desde la tradición cristiana, los que contrastamos a los dioses griegos como antropomórficos en relación al Dios cristiano que no lo es, que considerado en su ser está infinitamente separado del ser del hombre. Por eso, desde nuestro punto de vista, es legítimo que hablemos de antropomorfismo en el caso de la religión griega. Sin embargo, cuando hacemos un esfuerzo por entender un libro como la *Iliada*, llegamos rápidamente a la conclusión de que lograremos nuestro propósito de comprenderlo profunda y adecuadamente sólo si somos capaces de trasladarnos, de trasponernos al punto de vista del autor y a través de él, al mundo del que allí se trata. Si escuchamos a los personajes de la *Iliada* y la forma en que hablan de sus dioses, llegaremos a pensar que no son éstos los que se parecen al hombre sino que son más bien los hombres los que aspiran a parecerse a los dioses. Oímos frecuentemente que un hombre que se distingue en la guerra lucha como un dios; que una mujer como Helena, recuerda por su belleza a las diosas inmortales; que alguien dotado del ingenio de Odiseo hace pensar en Zeus, ya que tanta habilidad es rara entre los mortales. “Tres veces el divino Aquileo, ligero de pies, atacó con la broncea lanza; tres veces dio el golpe en el aire. Y cuando, semejante a un dios, arremetía por una cuarta vez, increpó el héroe a Héctor con voz terrible...” (xx,

445-8)¹. “No es reprehensible que troyanos y aqueos, de hermosas grebas, padezcan largos años por tal mujer: terriblemente se parece su semblante al de las diosas inmortales.” (III, 156-8). “...y halló a Odiseo, igual a Zeus en prudencia, que permanecía inmóvil y sin tocar la negra nave...” (II, 169-171). Por eso, si hablamos de la relación entre dioses y hombres en la religión homérica, igualmente justo es afirmar que los dioses son antropomórficos que decir de los hombres, de algunos hombres, que son teomórficos o deiformes. Entendidas rectamente ambas cosas, el antropomorfismo de los dioses y el teomorfismo de los hombres más excelentes, encontramos que se complementan. Son dos aspectos de una totalidad: dioses y hombres de un mundo que nosotros miramos desde fuera, pero que no parecieron aspectos sino realidad coherentemente trabada al poeta que nos la presenta en la *Ilíada*. Y no sólo están unidos los dioses y los hombres de la religión homérica porque el poeta los incluya juntos en la misma obra artística, sino que por naturaleza son inseparables. Imposible comprender al héroe homérico sin situarlo en su realidad intermedia de semidiós, sin recordar que el héroe, después de muerto, se convierte en objeto de culto religioso, sin tener en cuenta que los hombres que observaban la conducta del héroe mientras vivía, lo veían como una encarnación de las virtudes de diferentes dioses. Así pues, dioses y hombres no son en Homero dos realidades separadas por un abismo sino dos polos, dos extremos de una sola realidad variada. Entre los dioses y los hombres existe el puente vivo de los semidioses y de los héroes que con su presencia extraordinaria y sus hazañas recuerdan continuamente a los hombres el aspecto y las cualidades de los dioses. “...y en medio aparecía el poderoso Agamenón semejante en la cabeza y en los ojos a Zeus, que se goza en lanzar rayos, en la cintura a Ares y en el pecho a Posidón.” (II, 477-79). Así, la existencia del héroe que brilla entre los hombres por sus virtudes y por su belleza, es una de las formas en que los dioses mismos entran y se muestran en la vida humana. Del mismo modo como los grandes cambios y las maravillas de la naturaleza son entendidos como manifestaciones de su carácter divino, los hechos humanos que ganan fama y gloria entre los hombres provienen de la intervención de los dioses y de los dones que ellos derraman entre los mortales. “Contestó el soberano Apolo, que hiere de lejos: “Cobra ánimo. El Cronión te manda desde el Ida como defensor, para asistirte y ayu-

¹Citamos la traducción de L. Segal, 1956. Revista de Occidente, Madrid,

darle, a Febo Apolo, el de la áurea espada; a mí, que ya antes protegía tu persona y tu excelsa ciudad." (xv, 253-57).

Esta intimidad entre dioses y hombres, sin embargo, no es tan simple como pudiera parecer. Desde luego el héroe que tiene el privilegio de acercar la presencia de los dioses a la vida humana padece hondamente por la ambigüedad de su naturaleza. La peligrosidad de la vida del héroe parece ser un símbolo del peligro de cualquiera que tiene que vivir entre dos mundos que, por cercanos que estén, no dejan de ser muy diferentes.

La búsqueda de fama del héroe homérico es la búsqueda de la inmortalidad. Pero la verdadera inmortalidad es el privilegio de los dioses: el héroe ha de conformarse, después de larga lucha, con la inmortalidad en la memoria de los hombres. Por sus dotes no puede vivir como un simple mortal; porque la Moira le reserva la muerte no puede vivir como un dios. Sufre más que los hombres y mucho más que los dioses. Su recompensa es, por un lado, atraer a los dioses a la tierra: en la *Iliada* muchas de las intervenciones de los dioses en las cosas humanas son provocadas por algún héroe que inspira amor a unos dioses, odio a otros. "Replicó Zeus, el que amontona las nubes —¡Hera!. No te irrites tanto contra las deidades. No será el mismo aprecio en que los tengamos, pero Héctor era para los dioses, y también para mí, el más querido de cuantos mortales viven en Ilión..." (xxiv, 64-8). Por otra parte, Aquileo, sabedor de lo que monta en la vida humana el amor o el odio de los dioses, declara: "Iré a buscar al matador del amigo querido, a Héctor, y yo recibiré la muerte cuando lo dispongan Zeus y los demás dioses inmortales. Pues ni el fornido Heracles pudo librar de ella, con ser carísimo al soberano Crónida, sino que la Moira y la cólera funesta de Hera le hicieron sucumbir." (xviii, 114-19). Por otro lado, la recompensa del héroe es arrancar al hombre de su animalidad, de una vida que podría agotarse en el tráfico gris de los quehaceres diarios. Esto lo logra en parte porque su mera presencia obliga a los hombres a pensar en seres superiores y en parte porque las hazañas del héroe llenan la vida corriente de aspiraciones: le obedecen para tener parte en su gloria, le recuerdan para que lo extraordinario embellezca y levante sus vidas, le imitan porque entienden que lo mejor es una de las posibilidades del hombre. Así es como en la unificación de dioses y hombres que opera la existencia del héroe éste mismo encuentra la recompensa de sus sufrimientos y trabajos: esa unificación significa para él la reconciliación de sus dos naturalezas, la fusión de lo

contradictorio que lo desgarran en direcciones opuestas durante su vida.

Porque a pesar de que los dioses homéricos tienen formas de hombres y los hombres caracteres divinos, hombres y dioses son bien diferentes en esta religión. Bastarían como prueba los grandes castigos recibidos por los que olvidaron la distancia que separa a los mortales de las divinidades. (“...las Musas, saliéndole al camino a Támara el tracio, le privaron de cantar cuando volvía de la casa de Eurito el ecaleo; pues se jactó de que saldría vencedor, aunque cantaran las propias Musas, hijas de Zeus, que lleva la égida, y ellas irritadas le cegaron, le privaron del divino canto y le hicieron olvidar el arte de la cítara) ...” (II, 594-600).

La diferencia más sobresaliente entre dioses y hombres es que a los primeros ni los aflige la necesidad ni los espera la muerte. De esto se deriva una multitud de consecuencias. Hay, sin embargo, otras diferencias que han sido menos comentadas que las anteriores aunque no son menos importantes. Por ejemplo: al contrario que los dioses los hombres son seres contradictorios, mezclados. El hombre homérico vive en la guerra, lejos de su patria y de su familia. Sin embargo, ama la paz, la patria y la familia. “Nueve años del gran Zeus trascurrieron ya; los maderos de las naves se han podrido y las cuerdas están deshechas; nuestras esposas e hijitos nos aguardan en los palacios; y aún no hemos dado cima a la empresa para la cual vinimos. Ea, procedamos todos como voy a deciros: huyamos en las naves a la patria tierra, pues ya no tomaremos a Troya, la de anchas calles.

”Así dijo; y a todos los que no habían asistido al consejo se les conmovió el corazón en el pecho. Agitóse el ágora como las grandes olas que en el mar Icario levantan el Euro y el Noto, cayendo impetuosos de las nubes amontonadas por el padre Zeus. Como el Céfito mueve con violento soplo un crecido trigal y se cierne sobre las espigas, de igual manera se movió toda el ágora. Con gran gritería y levantando nubes de polvo, corren hacia los bajeles; exhórtanse a tirar de ellos para echarlos al mar divino; limpian los canales; quitan los soportes, y el vocerío de los que se disponen a volver a la patria llega hasta el cielo.” (II, 134-54). La paz y la guerra son dos formas de vida, dos posibilidades humanas: el hombre no puede tenerlas ambas a la vez. El hombre ama la vida y también la fama del guerrero que cae en el campo de batalla. Pero no se puede a la vez conservar la vida y morir gloriosamente. “Si me quedo aquí a combatir en torno a la ciudad troyana, no volveré a la patria tierra, pero mi gloria será inmortal; si regreso, perderé la ínclita fama, pero mi

vida será larga, pues la muerte no me sorprenderá tan pronto." (ix, 412-16). El hombre ama la belleza del cuerpo y el vigor de la juventud a la vez que la inteligencia, la moderación y la discreción que vienen de una larga experiencia. Pero, como lo vemos en el caso de Aquileo, la fuerza juvenil se da poco en combinación con la sabiduría y la moderación que tiene un Néstor, por ejemplo: los dioses, en cambio, son personalidades claramente definidas, sin contradicciones. Atenea es siempre sabia y fuerte, Afrodita siempre bella y atractiva, Ares, belicoso y brutal siempre. Cuando un hombre quiere liberarse de las contradicciones características de su ser sufre terribles persecuciones y castigos de los dioses. Paris, por ejemplo, acepta los dones de Afrodita y, por decir así, se especializa como galán, como seductor de mujeres. Con ello descuida otras posibilidades que no van bien con un don Juan, como sus deberes de guerrero, por ejemplo. "¡Miserable Paris, el de más hermosa figura, mujeriego, seductor! Ojalá no te contaras en el número de los nacidos o hubieses muerto célibe. Yo así lo quisiera y te valdría más que ser la vergüenza y el oprobio de los tuyos. Los melencólicos aqueos se ríen de haberte considerado como un bravo campeón por tu gallarda figura, cuando no hay en tu pecho ni fuerza ni valor." (iii, 39-45). A consecuencia de esta característica excluyente de Paris caen sobre él no sólo el desprecio de los hombres sino que también el odio de muchos dioses. Atenea, que protege a los hombres valientes, persigue a Paris por su cobardía. Hera, que se preocupa de la fidelidad conyugal, es tan su enemiga como la de cualquier otro favorecido de Afrodita, por el simple hecho de que el amor en gran escala es incompatible con el matrimonio monógamo. En suma, el hombre es un ser recorrido por muchas fuerzas y sollicitaciones diversas, cada una de las cuales está protegida por un dios diferente, que busca la realización de lo suyo en el mundo de los hombres. Ares quisiera que los hombres siempre estuviesen en guerra, porque odia la paz y la tranquilidad; la desgracia de los hombres, a diferencia de Ares, es que a la vez quieren la paz y la guerra, lo cual es imposible. Por eso el hombre está interiormente desgarrado y dividido mientras que los dioses son felices porque no hay en ellos conflicto. Los dioses tienen conflictos entre sí, pero cada uno de ellos, en sí mismo, posee la serenidad y la calma de la unilateralidad, de la simplicidad de naturaleza.

Si nos preguntamos por las relaciones que mantienen entre sí los dioses y los hombres en el mundo homérico tendríamos que hacer una larga lista de sus diversas formas de alianzas y enemistades. La mejor manera de simbolizar el conjunto de las actitudes humanas

hacia los dioses es haciendo referencia a los ritos religiosos. En los ritos el hombre se pone consciente y deliberadamente en relación con sus dioses. Si entendemos rito en su sentido más amplio, incluiremos en él los sacrificios, las fiestas, las oraciones, los oráculos, la percepción de la presencia de los dioses en todo cuanto es y ocurre. Debemos evitar, cueste lo que cueste, la creencia simplista de que el rito propende, como a su finalidad principal, a solicitar la ayuda de los dioses y caer con ello en el malentendido de que los hombres se dirigen a las divinidades porque éstas son más poderosas que él y, por ende, pueden ayudarle a conseguir sus fines personales. La concepción homérica no presenta las relaciones entre hombres y dioses como guiadas por fines utilitarios y personalistas, en sentido mezquino. El hombre que pide la ayuda del dios pide fuerzas para realizar una tarea, para alcanzar una excelencia, para llevar a cabo una hazaña, a través de cuya realización entra lo mejor, lo más alto en el mundo humano. "Respondióle Menelao, bueno para el grito de guerra. ¡Padre Fénix, anciano respetable! Ojalá Atenea me infundiese vigor y me librase del ímpetu de los tiros. Yo quisiera ponerme al lado de Patroclo y defenderle, porque su muerte conmovió mucho mi corazón; pero Héctor tiene la terrible fuerza de una llama, y no cesa de matar con el bronce, protegido por Zeus, que le da la gloria.

"Así dijo. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, holgándose de que aquél la invocara la primera entre todas las deidades, le vigorizó los hombros y las rodillas, e infundió en su pecho la audacia de la mosca, la cual aunque sea ahuyentada repetidas veces, vuelve a picar porque la sangre humana le es agradable; de una audacia semejante llenó la diosa las negras entrañas del héroe. Encaminóse Menelao hacia el cadáver de Patroclo y despidió la reluciente lanza". (xvii, 560-74). Y como lo mejor y lo más alto no sólo ocurren con la asistencia de los dioses sino que son para el griego homérico sinónimos de lo divino, la tarea bien cumplida, la excelencia lograda, la hazaña llevada a cabo traen consigo la irrupción y la presencia de los dioses mismos en la tierra. El rito, o sea, la actitud que el hombre toma frente a los dioses es a la vez un homenaje a lo mejor y una solicitud de que lo perfecto se presente y realice entre los hombres. Los hombres llaman a los dioses a que se sienten con ellos en sus banquetes porque la presencia divina eleva y realza el acto de comer que responde a una necesidad puramente animal de la vida humana. Los hombres piden ayuda en la batalla para que entre lo extraordinario en la guerra porque sin la excelencia que los guerreros pueden alcanzar

mostrándose valientes, la guerra caería en la categoría de pura rapiña y saqueo. "Si es grande tu fuerza, un dios te la dio". (I, 178). En suma, los hombres necesitan de los dioses para vivir una vida propiamente humana.

Los dioses, en cambio, son independientes del hombre. Pero esta independencia no significa que su ser sea caprichoso o egoísta. Los dioses encarnan y representan los grandes momentos o aspectos de la realidad. La vida de la tierra, el cambio de las estaciones del año, el germinar de la vegetación, la corriente de ríos y mares, el amor que une a los sexos y que renueva la vida, la discordia que entra en el mundo junto con la variedad de los seres y las cosas, la sabiduría, la medida. El mundo físico, el mundo de los seres vivos, el mundo moral: todos los aspectos de la realidad están protegidos y alentados por dioses, viven una vida que los hombres entienden como divina. Cada dios por su existencia misma y por su manera de ser conserva y da impulso a un aspecto del todo y está atado a la vida del todo. Los dioses no dependen del hombre como él de ellos, pero la existencia individual de cada dios depende de la conservación del orden de la realidad en el cual esa existencia tiene su sentido y su posibilidad de ser.